

TERESA PANEQUE

**EL UNIVERSO
SEGÚN CARLOTA**

**INICIO Y FINAL
DEL COSMOS**

**Planeta
Junior**



Capítulo 1

Era viernes por la tarde, faltaba poco para que sonara el timbre que anunciaba el final de las clases y el inicio del fin de semana. Carlota Jiménez no aguantaba más. Ese día, las últimas horas habían sido una verdadera tortura. Se encontraba en clase de Lenguaje con el profesor Simón quién, al contrario de ella, sentía un gran entusiasmo sobre medios de comunicación. Suspiró profundo, dejando que la voz del profesor se convirtiera en un ruido de fondo y enfocó su atención en una pequeña hormiga que paseaba a su lado por la ventana, transportando una miga de galleta.

Le gustaban las hormigas, sobre todo por el comportamiento ordenado y colaborativo que las caracterizaba. Eran insectos capaces de levantar decenas de veces el peso de su propio cuerpo y de comunicarse a través de feromonas, señales químicas que servían para que otras hormigas les siguieran el paso. Todo eso lo había aprendido hacía poco en el taller de Ciencias, del que participaba semanalmente. En un inicio, había llegado al taller por su interés en la



*

*

*

astronomía, pero, tras largo tiempo asistiendo, había podido aprender sobre un amplio abanico de temas, incluyendo estos peculiares insectos.

—Bueno, ¡eso va a ser divertido! —le susurró entusiasmada Marga, arrancando a Carlota de sus pensamientos.

Margarita Pérez, a quien todos llamaban Marga (excepto su mamá quien se rehusaba a decirle así), era la mejor amiga de Carlota desde que se sentaron juntas el primer día de clases cuando tenían diez años. El amor por los colores, Taylor Swift y las papitas fritas cimentaron una amistad tan fuerte que, cuatro años después, las chicas se querían como hermanas. Muchas cosas habían cambiado alrededor de Carlota, pero Marga era su constante, siempre podía contar con ella y sus característicos moños redondos arriba de la cabeza. Sin embargo, en ese momento, Carlota no tenía idea de qué hablaba su amiga.

—¿Qué pasó? ¿Qué va a ser divertido? —preguntó mientras enderezaba su postura sobre la silla y trataba de conectarse con lo que el profesor escribía sobre la pizarra:



¿Qué te gustaría estudiar?

*

—¡¡Es nuestro turno de tener la jornada vocacional! —exclamó Marga, lo suficientemente alto como para ganarse una mirada de reproche del profesor.

—Qué bueno saber que tiene tanto interés, señorita Pérez —dijo sarcásticamente y continuó—. Recuerden, lo más importante para agendar las visitas es

*



*

que piensen bien cuáles son las opciones que les gustaría conocer. Les compartiré una ficha para que busquen información y definan sus prioridades, esto les ayudará a elegir a los invitados...

—¿La tarea es con nota? —preguntó Roberto desde la primera fila, mientras ayudaba a distribuir la ficha por el aula.

—No, no es con nota, pero sí obligatorio. Además, este ejercicio será transversal con otras asignaturas. Ya lo verán a lo largo de la semana. Como profesor de Lenguaje estoy a cargo de la coordinación, pero también lo revisarán en Historia, Ciencias y Matemáticas. La próxima semana tendrán que entregar las fichas completas, no lo dejen para última hora. Las revisaré en detalle para asegurarme que todos se están tomando este ejercicio en serio. Aunque todavía les quedan unos años en el colegio, es importante que piensen en su próxima etapa y trabajen desde ya para poder estudiar lo que más les guste.





*

*

*

Carlota recibió la ficha y la analizó con curiosidad. Recordaba cuando su hermano mayor, Pablo, había pasado por la jornada vocacional. Era una de las actividades más divertidas según los estudiantes. Cada clase tenía que elegir a diez profesionales de distintas áreas para que visitaran el colegio y les contaran en detalle sobre sus profesiones. Usualmente, los expositores eran padres o familiares de los estudiantes. Para asegurar la participación, cada sesión contaba con bandejas de galletas y bebidas gaseosas, por lo que la actividad era extremadamente popular.

—Voy a poner periodista, obvioooooo —comentó Marga mientras ocupaba su lápiz morado con tinta perfumada para completar las primeras casillas de la ficha—. No me imagino siendo nada más, bueno, a excepción de *top model*, pero ¡supongo que eso al profe Simón no le va a gustar!

—¿Se puede poner *influencer* o *youtuber*? —preguntó Tobías desde el fondo de la sala, recibiendo un murmullo de aprobación de parte de sus compañeros, pero una mirada preocupada del profesor.



—Chicos y chicas, no deben completar la ficha ahora... Piensen un poco más en lo que quieren y tómenlo en serio.

*

Carlota intentó no prestar atención al sonido de su alrededor. Si se hubiese enfrentado a esta decisión hacía dos años habría escrito sin pensarlo que quería ser artista. Desde el primer momento en el que comenzó a pintar y dibujar tuvo claro que ese era su

*



*



destino, que recorrería el mundo capturando la belleza de cada lugar con su pincel y lápices. Entonces, ¿por qué dudaba ahora? ¿Qué había de diferente?

—¿Qué pusiste, Marga? —una voz le cortó el pensamiento—. ¿Pondrás astrónoma, Carlota? —era Lucía, otra de las mejores amigas de Carlota que se sentaba justo detrás de ella.



—No sé... —respondió.

—Yo puse periodista, ¿y tú Lu? —dijo Marga, animada, pasando por alto el tono incierto de Carlota.

—Aún no sé, si les soy sincera —dudó Lucía—. Obviamente tiene que estar relacionado a la naturaleza y la ciencia, pero no estoy segura. Mis papás dicen que como me va bien en Matemáticas debería estudiar alguna carrera de ingeniería, pero mi primo hace eso y me parece un poco aburrido...

—¡Ey, no digas eso, la ingeniería puede ser muy divertida —interrumpió Daniel, quien era compañero de puesto de Lucía y otro buen amigo de Carlota y Marga—. Mi hermana comenzó a estudiar Ingeniería Civil y le encanta. Quizás yo estudie algo así, también me va bien en Matemática. Ellos ven el tema de construcción de ciudades... Imagínate, ¡es como jugar a los *Sims* en la vida real!

Las chicas se rieron de Daniel y siguieron charlando animadamente sobre distintas carreras hasta que sonó el timbre. A excepción de Marga, ninguno estaba muy seguro de qué estudiar, aunque todos





*

*

opinaban que Carlota sí o sí tenía que decidirse por Astronomía.

*

Al salir del colegio y, al igual que todos los días, Carlota y Marga caminaron juntas hacia la parada de autobús. Marga vivía a solo dos cuadras del colegio, pero siempre acompañaba a su amiga para pasar más tiempo juntas.

—No entiendo por qué todos piensan que voy a ser astrónoma —se quejó Carlota, mientras pateaba una piedra que estaba en la vereda.

—Bueno, no es extraño, amiga. En el último tiempo te has interesado mucho por el tema —respondió Marga—. ¿No te pasaste el verano en un taller de astronomía cuando fuiste al pueblo con tu familia?

Era cierto, de hecho, los últimos dos veranos Carlota había estado enfocada en el universo. El año anterior, participando de las olimpiadas de astronomía junto al taller de ciencias, y el más reciente, aprendiendo de galaxias y mujeres científicas en un taller local de la zona donde vacacionaban sus papás. Sonrió recordando a sus amigos del pueblo: Cami y Ruben. Se prometió que les enviaría un mensaje para saber cómo estaban.



*

—Sí, pero también he seguido con mis clases de arte. Bueno, no este año porque eran en el mismo horario que el taller de ciencias, pero sigo pintando en casa —dijo desanimada Carlota, sentía que estaba traicionando su sueño de ser artista.

*



*



—Amiguita, no estés triste —Marga le tomó la mano—. Esto solo es una actividad escolar, no hay que tomar ninguna decisión ahora. Además, ¿quién dice que no puedes hacer ambas cosas? ¿Una astrónoma artista? Yo quiero ser periodista, pero no pienso cambiar ninguno de mis otros gustos en el proceso. Si no le gusta al profe Simón, mala suerte.



Para reafirmar su punto, y hacer que su amiga se animara o al menos se riera, Marga caminó fingiendo que la calle era su pasarela. Surgió efecto y Carlota la aplaudió mientras Marga desfilaba moviendo las manos exageradamente para lucir sus uñas acrílicas de variados colores.

—Tienes razón, me lo estoy tomando demasiado en serio... Ni siquiera Pablo, que está a un año de salir del colegio, sabe lo que va a estudiar.

—Bueno, pero no pongamos a tu hermano como punto de comparación... ¡Ey! ¡Mira ahí!

Las chicas se detuvieron frente a un arbusto que parecía haberse movido segundos antes. Marga se agachó, creyendo ver un animal esconderse entre las ramas. Separó las hojas con cuidado y escucharon un suave, pero claro, maullido.

—¡Es un gato! —exclamó Carlota.

—Hola... A ver, ven aquí, no vamos a hacerte daño —dijo Marga mientras se agachaba y se quitaba la mochila—. Carlota, pásame tu botella de agua, por favor.





Arrodilladas comenzaron a hacer sonidos mientras le ofrecían agua al animal. Finalmente, con un poco de yogur pudieron convencerle de que saliera de su escondite. Era una gata hembra, tenía el pelaje blanco y largo, y unos intensos ojos verde esmeralda. La felina lamía el envase de yogur con determinación. Estaba hambrienta, pero mantenía la cola entre las piernas pegada al estómago, demostrando su desconfianza y miedo.

—¡Es preciosa! —exclamó Carlota, dejando que la gata se terminase el lácteo mientras le hacía cariño en la cabeza.

—Parece una gatita de raza, es demasiado elegante, deja revisar en internet... —comentó Marga, tecleando



a toda velocidad sobre la pantalla de su celular—. Mira, creo que podría ser una gata siberiana. ¿Qué opinas?

—No sé, pero en ese caso seguro que tiene dueño. Debe estar perdida...



—Ay, tienes razón, no podemos dejarla aquí —agregó Marga con tono decidido—. ¿Me acompañarías a casa con ella? Mi mamá se va a enojar conmigo, pero no puedo dejarla en la calle. Desde casa podemos encontrar a sus dueños y devolverla.



Como si entendiera lo que se estaba discutiendo, la gata eligió ese momento para despegarse del envase de yogur y frotar su cabeza contra la rodilla de Marga. Un par de miradas y dos minutos de ronroneo después, no había otra decisión posible: debían hacerse cargo y ayudar a la gatita.

Entre las dos decidieron que el mejor plan era que Marga la tomara, dado que la felina parecía más cómoda con ella. Carlota fue la encargada de acarrear con las dos mochilas. Pese a que la gata se mostraba dócil, Marga usó su chaleco como manta para envolverla y tener una capa protectora entre sus garras y ella.

—Lo siento, gatita, pero solo una de nosotras tiene permiso para lucir uñas largas —dijo Marga mientras la levantaba—. Eres tan hermosa, vamos que en casa tengo más yogur.

—Menos mal vives cerca, imagínate haber ido a mi casa y tener que pasearnos con la gatita en bus...





*

*

—comentó Carlota mientras doblaban la esquina para entrar al edificio donde vivía su amiga.

*

—Sí, pero al menos tus papás serían más comprensivos. Veremos qué me dice mi mamá cuando vea que traje un animal a la casa... —la cara de Marga palideció mientras hablaba. Había estado tan entusiasmada por ayudar al animal que se le habían olvidado las estrictas reglas de su hogar.

—Seguro Carol va a entender. Además, es un hogar temporal hasta que encontremos a los dueños —la tranquilizó Carlota—. Si quieres te puedo acompañar hasta que llegue tu mamá. Mientras armamos un afiche para compartir en redes y ver si alguien la reconoce.

—Miau —agregó la gata, apoyando su cabeza sobre el pecho de Marga como señal de agradecimiento.

Carol era el nombre de la madre de Marga, a quien le gustaba que la llamaran por su nombre completo. Como gerenta de una importante empresa de ingeniería, siempre había sido estricta tanto dentro como fuera de su casa y esperaba un comportamiento intachable de sus hijas Marga y Emilia, a quien todos llaman Emi. Pese a la insistencia de sus niñas, Carol nunca había cedido respecto a tener mascotas en casa.



*

—Oh, no, creo que ya llegaron —dijo con voz nerviosa deteniéndose frente a la puerta. Se escuchaban algunas voces dentro y Carlota adivinó que probablemente estaba también el abuelo de Marga,

*



*



Nicasio, con quien a menudo coincidían en jornadas de observación astronómica.

—Todo va a estar bien, amiga, tú solo explica que es temporal y que no podíamos dejar a la gata en la calle. Debe tener dueños y mientras antes los podamos encontrar mejor.



—Tienes razón... además creo haber escuchado decir a mi abuelo que mi mamá siempre había tenido un punto débil por las gatas... quizás no se enoje tanto —dijo Marga, apretando al animal contra su pecho.



—Miau —advirtió la gata, removiéndose entre los brazos de Marga, avisando que no le gustaba que la abrazaran tanto.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó Carlota, indecisa por la situación familiar.

—Me encantaría, pero me asusta que mi mamá intente que tú te lleves a la gata...

—... y eso definitivamente no es una opción. Con todas las plantas que tiene en la casa, *mi* mamá no me lo permitiría.

Las amigas se miraron y respiraron hondo. Todo iba a estar bien. Los ojos esmeraldas de la gata pestañearon acompasados, parecía entender el dilema que sentían sus rescatistas y quería agradecerles por atreverse a desafiar las normas por ella.

—Ok, no te preocupes. Concéntrate en definir si quieres ser artista, astrónoma, astronauta, o no sé qué otra cosa —dijo Marga con una sonrisa—. Nosotras vamos a estar bien. Mi mamá es estricta, pero no creo





*

*

que me haga devolver a esta princesa a la calle. Te escribo después para contarte cómo me fue.

*

—Ok, avísame —respondió Carlota mientras le daba un abrazo—. Y tú pórtate bien —le advirtió a la gata, regalándole una última caricia en la cabeza.



*

*



*